

honores, placeres, todo habrá desaparecido! No quedará mas que las virtudes ó los delitos. . . . Ah! y cuántos he cometido! Y después?—yo tengo por bueno reir y burlarme,—pero entonces vendrá el juicio de ese Dios justo cuya bondad tanto he despreciado! entonces para mí se abrirá el infierno! y en lugar del lecho de plumas en que ahora me encuentro, vendré á tener un lecho de fuego! en vez de una noche de incomodidad, tendré una eternidad sin fin de espantosos suplicios! También se acordó de Liduvina. Ay! pobre de mí, que me atrevo á quejarme cuando ese ángel de virtud no exhala ni una sola queja! Y qué viene á ser mi penitencia comparada con la suya? qué és ésta inmovilidad de algunas horas, y en sana salud, en el más mullido lecho, y en el que con todo sufro tan cruelmente, comparada con la inmovilidad horrorosa y absoluta de tantos años en aquel miserable lecho de paja, en medio de los más atroces tormentos, y cuando todo su cuerpo no es mas que una horrible llaga! Esas reflexiones acabaron de convertirlo, pues al dia siguiente se presentó á un sacerdote, é hizo con él su confesión; desde ese momento cambió de vida y de allí en adelante vivió como penitente y santo.

Así, y en todo tiempo, y de todas maneras y á todo precio, procuraba Liduvina la salvación de las almas, sin cansarse nunca su celo. Entre aquellos crueles dolores cuya actividad nunca se moderaba, consagraba dias enteros á todos esos visitantes que la rodeaban, escuchándolos, respondiendo á sus dudas, prodigándoles sus consejos, advertencias y súplicas; apremiándoles con tanto más amor cuanto eran más miserables y pecadores. "Ah! vos os estais matando, le decían reprendiéndola después de sus audiencias que la extenuaban, y á la verdad que lo haceis por gentes que muchas ve-

ces no valen la pena!—"Qué decís? exclamaba la virgen: pues ¿qué! Jesucristo no ha dado su gloria, su sangre y su vida por el alma del último de los hombres? Y vosotros contais mis pequeñas fatigas, y querriais que nada hiciese por ellos? Oh! dejadme como él y por él amar un poco, y si preciso es, amar sin medida á aquellos á quien él ha amado tanto, porque el verdadero amor, la excelente y divina caridad, es siempre la salvación de los pecadores."

Si tuviésemos la fé más viva, comprendiéramos mejor que hay un inmenso mérito en convertir un pecador, en preservar una alma de un pecado mortal, ó aunque no fuese mas que de un pecado venial, y tendríamos con esto más celo del bien de las almas!

CAPITULO XIII.

LA EUCARISTÍA.

La fuente de todo amor.—Un nuevo Cura.—Hállase mal preparado.—He dicho nó y nó será.—No mas comunión.—Ah! si yo tuviera la llave del tabernáculo.—La campana.—El santo Viático.—Siempre inflexible!

SIN duda se habrá comprendido, que el amor ardiente de Liduvina para con los pobres y para con los pecadores, tenia su principio en otro amor más santo y más elevado: era el brillo del amor mismo de Dios, de este amor supremo, infinito, centro y foco, fuera del

cual no quedan mas que los fríos cálculos del egoismo y del orgullo, y á cuyos ardores vienen á encenderse todas las virtudes y á abrasarse todas las abnegaciones como á los rayos del sol se encienden y se abrasan todos los hermosos astros que resplandecen en la bóveda del cielo.

Liduvina amaba á los pobres y á los pecadores, y los amaba hasta acudir en su ayuda desde el centro mismo de su agonía: porque ya sea en los pobres ó en los pecadores era á Dios mismo á quien veía, es decir, porque amaba á Dios en todo, y por todas partes, y siempre y con todas las potencias de su alma.

Tal amor no queremos ni podemos circunscribirlo á los estrechos límites de un capítulo, pues que el conjunto de las virtudes de nuestra virgen y su vida entera, forman la demostración y componen la historia magnífica de este inmenso amor en que ardía por Dios ese corazón.

Hay en la adorable economía de nuestra religión un dogma que de un sólo rasgo nos dá la medida al mismo tiempo que la razón de nuestro amor para con Dios y del amor de nuestro Dios para con nosotros, y esta es la divina Eucaristía! Amad á la Eucaristía y ya tendreis el amor. Y cuanto más verdadera y ardentemente ameís la Eucaristía, tanto mas tendreis el amor elevado á su mas alta potencia de fecundidad y de abnegación. Ni podría ser de otro modo, pues cómo no amar hasta el heroísmo de la abnegación, cuando comprendemos bien que llevamos en nosotros á Dios mismo real y substancialmente, al Dios santo y tan bueno que nos ama hasta acomodarse y unirse con nuestra miseria identificándonos consigo? De qué no serémos capaces cuando sentimos latir nuestro corazón embriagado con las inspiraciones de la Divini-

dad en él presente? Qué podrá ya costarnos la paciencia ó la bondad, el perdón, la abnegación, cuando hemos comulgado con la Paciencia y el Perdón, cuando no somos mas que uno mismo con la Abnegación y con la Santidad, es decir con Dios?

Así comprendía Liduvina la Eucaristía, y por este uso inteligente, que es el único verdadero, de la divina Eucaristía, se elevaba á tanta perfección, ó lo que es lo mismo, á tan encendido amor de Dios. Fijemos pues, por un momento nuestras miradas en su tierna devoción hácia este Sacramento del amor infinito para medir el amor que á Dios tenía.

Desde el principio de su enfermedad, y por razón de las preocupaciones á las que la hemos visto sujeta, Liduvina comulgaba raras veces; mas cuando sus sufrimientos fueron aumentando, cuando en el fuego de la meditación se encendió en su alma el amor de la pasión del Salvador, comenzó á amar más al Santísimo Sacramento, establecido para perpetuar su memoria. Entonces pidió y obtuvo el favor de comulgar con mas frecuencia por lo menos en las fiestas principales. Muy pronto la comunión le pareció tan dulce, y encontró en ella tan arrobadoras delicias, que la dilación de algunos dias, y aun de uno sólo parecíale muchos años.

Mas la santa debía ser duramente probada en esto como en todo, y vamos ya llegando á una época de su vida en que pasaron algunos hechos que reasumen mejor que cuanto podríamos decir, el estado de su alma con respecto á la divina Eucaristía.

Ya hemos notado que Liduvina sólo había encontrado hasta entonces sacerdotes animados de ese espíritu de Dios, que caracteriza á los santos ministros, siempre había encontrado en ellos el celo, la ciencia, la piedad,

y la dulce bondad de corazón que hacen tan eficaz su consolador ministerio; mas en la época de que hablamos, vino á Squidam un nuevo Cura, que trajo consigo un cambio completo. Era un hombre rudo y severo, de un celo brusco, poco ilustrado, y sobre todo, de una desoladora sequedad de corazón. Además, llegaba á Squidam mal preparado para con Liduvina, pues no creía en su estado sobrenatural, y en sus primeras visitas aunque vió aquellos extraños dolores y la inimitable paciencia de la virgen, nada le conmovió; pues las penas, la paciencia y la total abstinencia de alimentos, no eran á sus ojos mas que hipocresía que tenía por fin engañar, una comedia mas ó menos hábilmente representada que se prometía desenlazar algún dia.

En verdad aquel nuevo Cura, parecía traído allí expresamente para contristar á la santa, y pronto veremos cómo era providencialmente enviado para hacer resaltar mas que nadie, por su incredulidad sospechosa, la autenticidad del estado sobrenatural y prodigioso de la piadosa crucificada.

Liduvina no tardó en pedir humildemente á su nuevo Cura el permiso de continuar sus comuniones según su piadosa costumbre; pero él se la negó secamente. Creyendo la santa que sería sólo una prueba, volviólo á pedir con instancia, pero sólo obtuvo la misma negativa. Entre tanto las fiestas sucedían unas á otras y siempre nada de comunión. Desolada la santa ensayó por tercera vez interesar al Cura. Todavía, exclamó este con terrible voz: Qué significa esta extraña devoción que quiere comulgar mas veces que todo el mundo? Pues bien! lo entendeis? Ya he dicho que nó, y no será! La pobre joven nada replicó. En ella entonces cumpliase la palabra del profeta:

«Los niños han pedido pan y no hay quien se los parta!»

La tristeza de Liduvina fué inmensa, y estaba inconsolable, pues de dia en dia como que se irritaba mas el hambre divina que la devoraba. Una vez sucedió que el durísimo pastor entrando en su casa la encontró bañada en lágrimas. «Por qué son esas lágrimas? le preguntó.—Ah! Padre mio, respondió la dulce virgen, si yo tuviese en mis manos la llave del tabernáculo como vos la teneis en las vuestras, y si yo os viese oprimido por el hambre como yo lo estoy, oh! nó, yo no os negaría el pan de vida como vos me lo estais negando. Oh, muy amado Padre de mi alma, tened compasión de vuestra desgraciada hija! Ya que no soy mas que una horrible llaga, dadme á Aquel que consueta, ya que no puedo comer el pan material, dadme el pan eterno que vivifica los corazones. Si aun los gusanos encuentran en mi cuerpo su alimento, dad el suyo á este pobre gusano! Ah! mi alimento, mi dicha y mi vida es Jesucristo; tengo hambre de Jesucristo; no me puedo pasar sin él. Oh pastor mio, Padre mio, dadme á Jesucristo!» Una roca se hubiera ablandado con esas palabras, pero aquel corazón de bronce no se ablandó; como antes, la santa quedó condenada al suplicio que le arrancaba un grito tan desgarrador. ¿Y quién podría decir las angustias de su amoroso martirio? angustias que cada solemnidad y cada fiesta que iba pasando hacía mas punzantes, pues hasta la campana de la iglesia parroquial parece tenía la misión de renovar sus tormentos. Oh, cuando esta campana, cada dia, en el solemne instante de la consagración, anunciaba con sus voces á la multitud esparcida por las calles ó en los campos, que una vez mas Dios había descendido á la tierra y habitaba entre los hom-»

bres, se veía el rostro de Liduvina inflamado, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, latía su corazón con tal violencia, que parecía querer volar hácia su amado! Cuando llevaban el sagrado Vático á algún moribundo, la campanilla que resonaba en la calle como diciendo á cada uno; "arrodillaos! que Dios pasa ante vosotros!" esta voz de la campanilla le decía á Liduvina: "El bien amado de tu corazón, el que es tu vida, está allí, casi á tu puerta, allí está muy cerca de tí! Oh! entonces sufría la santa como el hambriento á quien se dejase ver el pan sin permitirle llevarlo á sus labios! mas de una vez en esas ocasiones creyeron que iba á espirar de dolor.

Mas á lo menos, á falta de la comunión sacramental, Liduvina aplacaba tanto cuanto podía su piadosa hambre por la comunión espiritual, y sabía encontrar á su Jesús por un incesante recuerdo y por sus ardientes deseos, mirábale por decirlo así con su fé, hablábale como si hubiese estado presente: uníase íntimamente con él, no queriendo tener mas que una voluntad, un sólo corazón y una sola vida. Cuán dichosa era también cuando se acercaba á ella alguna persona que acababa de recibir al Salvador en su alma! Los sacerdotes sobre todo, exitaban su piadosa envidia: Ofrecer todos los dias el divino sacrificio, y comulgar todos los dias, era para ella una dicha incomparable. "Dios mio! decía muchas veces: dadme alguna parte en los méritos de los sacerdotes que celebran el día de hoy, bien sea aquí en Squidam ó en todos los altares del mundo! Muchas veces aun para dar otra dirección á su piedad, hablaba á los que la rodeaban de Aquel á quien tanto amaba: "Ah! cuán dichosos sois, les decía, los que asistís á la santa misa, porque asistís á la misma pasión del Salvador! La iglesia, el altar son el

Calvario, mas la hostia es Jesucristo mismo que de nuevo allí se inmola. Entonces ábrese el cielo, los ángeles descienden y póstranse en profunda adoración, vosotros que estais allí qué debéis sentir? Y cuando comulgais. . . Ah! recibir á Aquel que fortifica la debilidad, que glorifica el arrepentimiento y diviniza la virtud, recibir al divino Hijo de la Virgen purísima, al Rey de los reyes, al Santo de los santos que nos asimila á sí! he aquí la suprema felicidad, he aquí ya el cielo sobre la tierra! De cuanta dicha, piedad y amor no debéis entonces sentir os embriagados?

Entre tanto Liduvina no renunciaba á la esperanza de mover algún dia á su pastor. Al acercarse una gran solemnidad quiso hacer una nueva tentativa para conseguir la comunión, pero siempre no se le concedió. Entonces procuró la intervención de algunos amigos y personas que poseían el afecto del Cura; pero todo fué en vano. La santa volvióse entonces á Dios, y pidióle con lágrimas su ayuda, pero parecía que Dios mismo no escuchaba su oración; el Cura se mostró mas que nunca inflexible, y el tabernáculo no llegó á abrirse para la pobre crucificada. En su abandono cada dia y muchas veces oíasele exclamar con lamentable acento: "Ah! quién pues, me dará el pan de la verdadera vida? Ahora que mi padre me ha abandonado, quién pues sostendrá mi alma que cae en languidez? A mí, pobre abandonada ¿quién volverá la dulce presencia de mi dulce Jesús lejos del cual no puedo vivir?

Quien tiene verdadera piedad, padece, pero no se queja, y ama siempre al Señor en medio de sus penas!